

rabán el arte detestable y los refinamientos de todo manjar extranjero, de todo guiso exquisito; y ni aun en los banquetes salvaban los límites de una austera moderación.

INJUSTO. Oyéndote, se creería oír hablar á Cecidio, ó volver á ver las fiestas Bubales (1). Esas costumbres que tanto elogias, son seguramente del tiempo de las primeras cigarras (2), y de las dipolias.

JUSTO. Este, sin embargo, ¡oh ciudadanos! era el tono en que hablaba en otro tiempo á vuestros padres; y con esas costumbres severas vencieron en Maraton. Responde ahora tú. Dime, ¿qué aprende en tu escuela la juventud de Atenas? ¿A tener miedo hasta del aire; á cargarse de vestidos; á cuidar una vida afeminada por el lujo; á olvidar sus nobles destinos. El otro día... (me estremezco al recordarlo), ví en las Panateneas á uno de esos Adónis de veinte á treinta años, que empezó la danza y no pudo concluir; ¡tan débil estaba en la flor de su edad, y tanto le pesaba el escudo! Así, pues, ¡oh jóven! eligeme; te visto de nuevo. Ven á mi escuela, y en ella aprenderás á despreciar el arte del foro, reducido hoy á viento y vanas palabras; á no ir todos los días á bañarte; á cobrar horror á los impuros y al vicio; á avergonzarte al solo nombre de un objeto deshonesto; á sentir las afrentas; á levantarte en honor de aquellos cuya cabeza han encanecido los años; á no causar disgustos á tus padres; á mostrarles respeto y entera deferencia; á evitar cuanto sea indecoroso; á no visitar cantatrices ni bailarinas, por temor de que seduciendo tus oídos y tus ojos esas sirenas engañosas, corrompan tus costumbres, que son el mas precioso de los bienes. Permite, hijo mio, que te recomiende de nuevo el respeto que debes á tu padre. Guárdate de llamarle nunca Japeto; ni desprecies su vejez, que quizá la haya acelerado en el trabajo de formar tu juventud. Cree, de consiguiente, que tu vida es el menor de los beneficios que le debes.

INJUSTO. Por poco que te deslumbre su moral, serás, ¡oh jóven! te lo prevengo, mas tonto que el hijo de Hipócrates.

JUSTO. No lo creas; serás el honor del gimnasio, la flor de los jóvenes bien nacidos, y donde quiera brillará tu mérito. Porque no te se verá consumir tu tiempo y tus palabras en el foro, como tantos otros hacen. Vivirás sin procesos y sin temor á las leyes; pero, desde que aparezca la primitiva, te pasearás, ceñida la frente con el mas blanco cálamo, á la sombra de los sagrados olivos de la Academia. La zarzaparrilla y la mejorana te embalsamarán con sus perfumes. Estos plátanos, estos olmos, y el aliento odorífero de los céfiros esparcidos en la llanura, divertirán tus ocios, no alarma-

(1) Cecidio fué un antiguo poeta ditirámico. Las fiestas Bubales, degüellos ó sacrificios de bueyes, es un nombre que se daba á las fiestas de Júpiter, llamadas Dipolias.

(2) Sobre la costumbre que tenían los Griegos de llevar cigarras en la cabeza, pueden consultarse los Caballeros.

dos por ningun cuidado importuno. Si sigues mis consejos, si aprendes bien estas máximas, tendrás siempre la tez fresca, las espaldas anchas, el discurso corto, pero discreto. Pero si quieres obrar como muchos otros, tendrás el rostro pálido, las espaldas estrechas, el pecho angosto, y tu discurso será el de un charlatan sin igual (1), que erija en virtud el vituperio, y al contrario; en fin, te verás mas cubierto de infamias que Antimaco.

CORO. ¡Oh tú, cuyo saber es tan profundo, qué gracia, qué elocuencia hay en tus palabras! ¡Félices aquellos á quienes fué dado vivir en la época en que se te aplaudía y veneraba! Y tú, que tanto orgullo muestras, y haces gala de una vana elocuencia, habla tambien y responde, usando de nuevos argumentos, pues sus ratiocinios han sido excelentes, y necesitas grandes esfuerzos para destruirlos; si no lo consigues, serás objeto de burla y desprecio.

INJUSTO. Hace largo tiempo que mi bilis está exaltada y que me abraso en deseos de demostrar todo lo contrario de lo que ha dicho ese charlatan. Por eso me llaman Injusto, de lo cual me honro, pues soy la antítesis completa del Justo. En efecto, yo fuí quien primero atacué la Moral, las Leyes, la Justicia. Es sin duda una hazaña que asombra al universo, y que vale mas de diez mil estateres (2), haber elegido entre dos partidos el peor, y vencer sin embargo. ¡Oh tú, jóven, observa lo que mi enemigo osará responderme, y cómo voy á confundirle! ¿Por qué te decides contra los baños calientes?

JUSTO. Porque hacen daño, y debilitan al hombre.

INJUSTO. Aguarda; pues quiero ponerte en el último apuro, sin que encuentres medio de salir de él. Dime, ¿cuál, en tu sentir, fué el mas valiente y magnánimo de los hijos de Júpiter?

JUSTO. Hércules, cuyas azañas aplaude todo el universo.

INJUSTO. ¿Y en qué libro has leído que tomase baños frios? Lo cual no obstó para que fuese el mas intrépido de los guerreros....

Ahora bien, ¡oh jóven! piensa en el fruto que te reporta de vivir modestamente. Te verás privado de placeres innumerables, de hijos y amigos, de juegos, de cotabos (3), de risas y de festines con gente de tu edad. ¿Es eso vivir? ¡Y á tal precio quisieras, hijo mio, practicar

(1) En las asambleas públicas. Es una de las acostumbradas alusiones á la demagogia de su época.

(2) El estater valia cuatro dracmas, esto es, unos 3 fr. 75.

(3) El cotabo era un juego familiar, inventado por los Sicilianos para alegrar los festines y las veladas. Segun el Escoliasta, se verificaba colocando un vaso en medio, dentro del cual arrojaban la parte de vino que quedaba despues de haber bebido, y hacian grande estrépito. Tambien habia otros modos de ejecutarlos, como puede verse en MENESIO, *Juegos de los Griegos*, STUKIO, *Antich. Conviv.*, y POTTERO, *Archeol. græc.*, lib. IV, c. 20; además del Escoliasta de la comedia de la Paz, VV, 342 y 1243, y el de Luciano, tomo I, pág. 38.

SÓCRATES. Ahora eres dueño de eludir el pago de tus deudas, como mejor te agrade.

ESTREPS. ¿Aun hallándose presentes los testigos en el acto del empréstito?

SÓCRATES. Si fuesen mil, mucho mas.

ESTREPS. Ya puedo exclamar con júbilo: « Usureros, que me amenazábais y estrechábais » tanto, habéis perdido la partida: el principal, » los intereses, y los intereses de los intereses, » todo se lo ha llevado el viento. No temo » vuestro pérfido furor. Mi querido hijo Fidípides, á quien se acaba de aleccionar, es el » terror de mis enemigos, el oráculo del foro, » el abogado de su padre; con él tendréis que » habéroslos en adelante. Divino Sócrates, que » yo le vea. ¡Hijo mio, en quien brilla una » ciencia tan grande, ven á satisfacer cuanto » ántes mi justa impaciencia! ¡Llega, gran » doctor! »

SÓCRATES. Mírale, que se adelanta.

ESTREPS. ¿Daré crédito á mis ojos? ¿Es Fidípides?

SÓCRATES. Me retiro, y te dejo con él.

ESTREPS. Hijo mio, abrázame. Ese color pálido me encanta. En ti veo la frente de un perjuro capaz de negar un préstamo, sin que nada te asuste. Te has aprovechado bien de las lecciones de Sócrates. Esos son los buenos modales; ese el verdadero barniz ático. Ahora bien, ¿hay acreedor cuyos argumentos temas? Ó al contrario, ¿te sientes con fuerzas para desafiarlos á todos? ¿Existe alguno á quien el arte que posees no deje al momento fuera de combate? Tú, que me habias perdido, me devuelves hoy la esperanza.

Y empieza á poner á prueba el ardid litigioso de su hijo, y encontrándolo de veinticuatro quilates, se entusiasma. En seguida lo experimenta al presentársele un acreedor.

PÁSIAS CON UN TESTIGO.

¿Es, pues, justo que eche un hombre á la calle algo de lo suyo? Pero hubiese valido mucho mas para él que se hubiese manifestado descarado (1), en lugar de perjudicarme y ofenderme de mí; pues ahora, por causa de mi dinero, he de llevarte como testigo á la citación (2), y por colmo de desgracia convertiré un conciudadano en enemigo mio. Pero mientras yo viva, no he de deshorrar á mi patria. Voy á llamar á Estrepsíades.

ESTREPS. ¿Qué se os ofrece?

PÁSIAS. En el viejo y el nuevo día... (3)

ESTREPS. Sed testigos de que dice en dos días. ¿Con qué objeto?

PÁSIAS. Para que me paguéis las doce minas que os presté á un interes sumamente

(1) Tener el valor y la desvergüenza de negar á su amigo cuando le pedia lo prestado.

(2) Habla con el testigo.

(3) Fórmula de la citación.

la virtud? Pasemos á las crisis naturales en que puedes verte algun día. Cuando uno es jóven, suele hacer la corte á las hermosas, que le reciben bien, lo cual á veces no es del agrado del marido. En este caso, ¡desgraciado del que cae en manos de un celoso! Para librarse de su cólera y eludir la ley contraría á este lance, es preciso una elocuencia al abrigo de los grandes golpes. Conmigo nada tienes que temer; instruido en mi escuela, dirás con osadía que semejante delito es de los que se deben compadecer; que amar es delirar; que un sentimiento tan dulce domina nuestro juicio; que el amor ha logrado hacer suspirar hasta al gran Júpiter, soberano de los cielos, y que mal podrá el hombre extinguir un fuego que consume á los dioses.

JUSTO. ¿Y si siguiendo tus máximas sufre la pena de los adúlteros? Por otra parte, ¿qué astucias hallaréis contra el castigo y la infamia (1)?

INJUSTO. ¿Y aunque le suceda lo que dices, por eso ha de ser infame?

JUSTO. ¿Habrá para él pena mas sensible?

INJUSTO. Responde. ¿Qué harás, si tienes que ceder vencido?

JUSTO. Callaré. Empieza, pues.

INJUSTO. ¿Crees que nuestros oradores hayan merecido alguna vez esa nota?

JUSTO. Veinte veces, en lugar de una.

INJUSTO. ¿Y nuestros actores y autores?

JUSTO. Quizá cien veces.

INJUSTO. Muy bien. ¿Y los presidentes y magistrados?

JUSTO. Mas veces todavía.

INJUSTO. Pasemos á los espectadores. ¿Ves entre ellos de esa clase de gente?

JUSTO. Veo tantos, que mis ojos se confunden. Aquí, allí, mas allá aquel galancete, de rubia y flotante cabellera...

INJUSTO. ¿Qué dices ahora?

JUSTO. Me doy por vencido.

INJUSTO. Mi victoria es completa. Vos, por quien he alcanzado el triunfo, recibid mi capa.

Estrepsíades, viendo acercarse el último día del mes, en que debe pagar el interes, está desesperado; y solo confia en la habilidad que supone ha de haber adquirido su hijo. Se dirige, pues, á Sócrates para informarse.

SÓCRATES. Os saludo, Estrepsíades.

ESTREPS. Y yo á vos, Sócrates. Ante todo, aceptad esto (2): el discípulo debe recompensar de este modo á su maestro. Decidme si mi hijo está instruido en el arte de hablar que os debe su origen.

SÓCRATES. Pudiera enseñarlo públicamente, en caso necesario.

ESTREPS. ¡Ah! ¡mis deseos están colmados! ¡Oh gran rey de todas las cosas!

(1) Literalmente: *laticulum esse*.

(2) Quizá un saco de harina, con que habia dicho primeramente que queria llenarle la artesía.

módico hace largo tiempo, cuando comprásteis aquel caballo bayo oscuro.

ESTREPS. ¿Un caballo? ¿Lo habéis oído? Todo el mundo sabe que odio los caballos.

PÁSÍAS. Y jurásteis por los dioses que me las devolveríais.

ESTREPS. Entonces Fidípides no poseía el arte invencible que hoy posee.

PÁSÍAS. ¿Y por eso me negáis el pago de vuestra deuda?

ESTREPS. Claro está. ¿Qué beneficio mayor puede reportarme la retórica?

PÁSÍAS. ¿Y si os llamo a juicio, os atreveréis a jurar por los dioses que nada me debéis?

ESTREPS. ¿Qué dioses?

PÁSÍAS. Júpiter, Mercurio, Neptuno.

ESTREPS. Sí, por Júpiter. Si no jurase, me obligo a pagar además un trióbolo.

PÁSÍAS. No había visto hasta hoy semejante impudencia; cara podrá costarte.

ESTREPS. Este hombre arreglado con sal valdría mucho más (1).

PÁSÍAS. ¿Cómo! ¿añadís a la impudencia el insulto?

ESTREPS. ¡Eh! buscad algunos granos de heléboro.

PÁSÍAS. ¿Y continúa!

ESTREPS. Su mal se aumenta... Para que el éxito sea más seguro, traed un celemin de ellos.

PÁSÍAS. ¡Juro por Júpiter y demás dioses, que vuestra tenacidad no quedará impune!

ESTREPS. Los nombres de esas divinidades de que pobláis los cielos son fingidos, y su existencia es quimérica. Pronto servirán de juguete al vulgo.

PÁSÍAS. ¿Y no le mata un rayo! Pero, vamos a lo que me interesa. ¿Queréis ó no pagarme hoy esa suña?

ESTREPS. Aguardad un instante, buen hombre. No tardaré en volver a sacaros de dudas.

PÁSÍAS. (al testigo). ¿Qué crees que va a hacer?

TESTIGO. A buscar dinero con que pagaros.

ESTREPS. Responded. ¿Qué es esto?

PÁSÍAS. Una bolsa.

ESTREPS. ¿De qué piel?

PÁSÍAS. De piel de perro.

ESTREPS. No tendréis mi bolsa, pues es de piel de perra (2).

PÁSÍAS. ¿Y qué? ¿no me pagarás por eso?

ESTREPS. ¡Tomar una perra por un perro!

PÁSÍAS. Como quiera que sea, habréis de devolverme lo que os he prestado.

ESTREPS. Soy un ciudadano demasiado prudente y bueno para confiar un bien tan precioso

(1) Para hacer un odre con su piel.

(2) La distinción entre el ganso macho y el ganso hembra, entre el perro y la perra, era una de las pocas cosas que Estrepsíades había aprendido en la escuela de Sócrates.

como el oro a quien por piel de perro compra piel de perra.

PÁSÍAS. ¿Con que no me pagáis?

ESTREPS. Idos al momento, ú os echo fuera.

PÁSÍAS. Me voy, sí; pero desde aquí marchó a hacer el depósito de los gastos; si no, permitan los dioses que cese de vivir. (Vase.)

ESTREPS. (al testigo). Id tras él y decidle que junto con el capital perderá también los gastos. Evitemos ese perjuicio al pobre diablo que no sabe distinguir una perra de un perro.

AMUNIAS Y UN TESTIGO.

AMUNIAS. ¡Desgraciado de mí! ¡Es el colmo de la desdicha!

ESTREPSÍADES. ¿Quién se queja de ese modo? Al oírle, se le tomaría por uno de los dioses de Carcino. (1) ¿Quién eres?

AMUNIAS. El más infeliz y desesperado de los hombres.

ESTREPS. ¿Que el Cielo agote sobre ti únicamente tal augurio!

AMUNIAS. Estoy perdido, arruinado; soy un mortal agobiado por la desdicha; mi carro se ha hecho mil pedazos contra la arena, ¿Culparé a Pálas ó a la Fortuna? ¡Ay de mí!

ESTREPS. Dime, ¿Hepolemo te ha causado alguna desgracia (2)?

AMUNIAS. En vez de burlaros de mí, reembolsadme el dinero que adelanté a Fidípides el año pasado. En el estado en que me encuentro es un verdadero deber por vuestra parte.

ESTREPS. ¿Qué dinero es ese?

AMUNIAS. El que presté y no se me ha devuelto.

ESTREPS. Parece que tus asuntos van de capa caída.

AMUNIAS. Sí, tenedme lástima. El carro y los caballos me han estropeado quizá para siempre.

ESTREPS. Te chanceas; habrás caído de un asno.

AMUNIAS. ¿Y también me chanceo cuando pido el dinero que he prestado?

ESTREPS. Sin duda no estás en tu entero juicio.

AMUNIAS. Vuestra sentencia es dura y se halla fuera de toda regla.

ESTREPS. No me salgo de lo justo; mil argumentos prueban que tu cerebro está hoy turbado.

AMUNIAS. Tened entendido que si esta tarde no se me vuelve mi dinero, os citaré ante los tribunales.

ESTREPS. Dime, ¿cuando llueve, es, en tu

(1) Poeta trágico de quien hace muchas veces mención Aristófanes. Quizá en alguno de sus dramas había puesto en escena a algún dios, que estaba lamentándose y gimiendo.

(2) Alusión a un drama del poeta Jenocles, hijo de Careino, en el cual Aleménas lloraba por el mismo la muerte, que a su hermano Licinio había dado Hepolemo.

sentir, un agua nueva la que Júpiter nos envía, ó la misma que el ardiente sol ha embestado?

AMUNIAS. Ni lo sé ni me importa saberlo.

ESTREPS. Pero, siendo tan ignorante como aparece de tus respuestas, ¿para qué necesitas dinero? Cava la tierra, y vive feliz.

AMUNIAS. Oídme. Si alguna penuria os impide extinguir el capital, pagadme a lo menos el interés.

ESTREPS. ¿Qué animal es ese que llamas interés?

AMUNIAS. Es la ganancia diaria del dinero, que se acumula mensualmente al capital (1).

ESTREPS. Responde; ¿crees que el mar es hoy más ancho que lo era en otro tiempo?

AMUNIAS. No, por Júpiter; si se ensanchara, tanto peor, pues el mundo perecería.

ESTREPS. ¿Cómo, pues, ¡oh bribón! siendo así que no crecen las aguas del mar, donde desembocan todos los ríos, te empeñas en que crezca el dinero?

Tenemos, según se ve, al necio Estrepsíades convertido en uno de los más descarados tramposos y sofistas. Pero Aristófanes no podía dejar pendientes estos efectos, y se dedica luego a mostrar el mal que resultó de ellos al anciano.

ESTREPS. ¡Socorro! ¡socorro! ¡que me matan! ¡Venid a mí, parientes, amigos, ciudadanos! Tengo la cabeza rota y los ojos ensangrentados. ¡Perro! ¡Pegas a tu padre!

FIDÍP. Sin duda.

ESTREPS. ¡Lo oís, se atreve a confesarlo, el pérfido!

FIDÍP. ¿Por qué no?

ESTREPS. ¡Infame, ladrón, sacrílego, paricida!

FIDÍP. Bien, repetid esos nombres cuanto os dé la gana, pues gozo en oírlos.

ESTREPS. ¡Impuro!

FIDÍP. Esparcid de esas rosas a mi alrededor.

ESTREPS. Has maltratado al autor de tus días.

FIDÍP. Pongo por testigo a Júpiter de que he llevado razón al hacerlo.

ESTREPS. ¡Miserable! ¿Pretenderías, acaso, probar que un hijo tiene derecho de pegar a su padre?

FIDÍP. Sí, quiero probarlo y convencerlos.

ESTREPS. ¿Y te lisonjeas de conseguirlo?

FIDÍP. Seguramente, y de un modo fácil y claro. ¿Cuál de los dos medios de raciocinio os parece que ponga en práctica?

ESTREPS. ¿Qué medios?

FIDÍP. El justo ó el injusto; cualquiera de los dos me es igual.

ESTREPS. ¡Traidor! cuando te llevé a esa escuela, fué para que aprendieras a conocer el lado fuerte y el lado débil de las leyes. ¿Qué he hecho, ¡desgraciado de mí! si esa misma es-

(1) Los intereses vencían cada mes, y se añadían al capital.

cuela enseña el arte de probar que un hijo puede maltratar a su padre?

FIDÍP. Creo que quedaréis convencido oyéndome, y que no se os ocurrirá nada que contestarme.

ESTREPS. Os oíré, decid.

Os diré, pues, cuál fué el principio de nuestra disputa. Al fin de la cena mandé a Fidípides que tomase la lira y cantase la oda de Simónides sobre la conquista de Jason. Me respondió que nos dejásemos de canciones y tratáramos de beber, añadiendo que las insulseces líricas debían quedar para los revendedores de trigo. Insistí, montó en cólera...

FIDÍP. Sí, es cierto. ¡Querer que cantase comiendo, como cantan las cigarras!

ESTREPS. ¿Lo oís? confiesa su delito. También me dijo que Simónides es un insípido rapsodista. ¿Quién había de contener su bñlis? Sin embargo, yo logré contenerla, y le rogué que cantase a lo menos un himno del gran poeta Esquilo. Contestóme que Esquilo es el primero de los poetas, si se debe dar la palma a la hinchazón, a la dureza, al abuso de los epítetos, al desarreglo. Yo sentía que la cólera me ahogaba; pero reprimiéndome, le dije: «Cántame un trozo escogido de un poeta célebre entre todos los de Atenas.» Apenas había acabado de hablar, cuando mi hijo tomó la lira, y se puso a cantar los versos de un drama de Eurípides (1) en que el hermano (¡caso infame!) se casa con su hermana uterina. No pude resistir más; mi cólera estalló al fin; le dije mil insultos é injurias, y él, sin intimidarse, se desató en imprecaciones contra su padre. En una palabra, las cosas llegaron al extremo de cogerme por el cuello y maltratarme.

FIDÍP. Y con razón. Veamos, ¿os atreveréis a decir ahora que Eurípides no es un poeta excelente?

ESTREPS. ¿Qué profieres?... Pero, por poco que conteste, me expongo a recibir nuevos golpes.

FIDÍP. Sí, con justicia.

ESTREPS. ¿Cómo, hijo ingrato! no te acuerdas de los cuidados que te prodigué durante tu infancia? Yo prevenía tus necesidades y me anticipaba a satisfacerlas, y en premio hoy me tratas de este modo.

FIDÍP. ¡Qué dulce, qué agradable es saber lo que otros ignoran, y despreciar las leyes más bien cimentadas! ¿Cómo se adorna una inteligencia que se dedica al estudio! Mientras estuve dedicado a caballos y carruajes, fui apenas menos estúpido que la meta donde se fijaban mis miradas. No hubiera podido preferir seis palabras seguidas, sin pecar cuatro veces contra las reglas del sano juicio. Pero, desde que Sócrates me ha hecho variar de con-

(1) Eurípides era perpetuo blanco de los dardos de Aristófanes.

ducta, desde que me ha iniciado en el grande Arte, nada hay abstracto para mi entendimiento, y espero probar, sin réplica de ninguna especie, que es lícito castigar á su padre.

ESTREPS. Vuelve á tu antiguo método de vida. ¡Por Júpiter! prefiero condescender con tu cabalomanía á que me muelas á golpes.

FIDÍP. Os apartáis de la tésis, y yo vuelvo á ella, si no os parece mal. Decid, ¿no me zurrábais cuando era pequeño?

ESTREPS. Sin duda, porque te amaba y deseaba tu felicidad.

FIDÍP. Pudiera responderos, que tambien yo os castigo porque os amo y quiero vuestro bien; mas, no haré uso de ese medio. Me ciño á dirigiros esta sencilla pregunta: « ¿Es justo, padre mio, que estéis exento de golpes, habiéndolos recibido yo de vuestra mano? Yo nací libre, y no en la esclavitud; mi estado es el vuestro. Ahora bien, la consecuencia de la libertad es la igualdad, y solo así llorarán niños y viejos.

ESTREPS. Me abraso de ira.

FIDÍP. En vano me diréis que las lágrimas son el lote propio de todos los niños, pues á eso contestaré que la vejez es una segunda infancia, y que por lo tanto los viejos deben llorar mas que los niños, en atención á que les es ménos lícito cometer errores.

ESTREPS. No existe, sin embargo, ley ninguna que quiera y ordene que el padre sufra tal agravio.

FIDÍP. ¿Y el que ha hecho la ley no era un hombre como vos y como yo, que logró persuadir á nuestros antepasados promulgándola? ¿Tengo yo ménos derecho que él á establecer en el Ática una nueva ley por la cual se permita á los hijos zurrar á sus padres cuando lo merezcan? Nosotros hemos sido corregidos de todas maneras, y en una república este derecho debe disfrutarse por igual. Ved cómo los gallos y demas animales se vuelven contra sus padres, y la única diferencia que hay entre ellos y nosotros es que no escriben ningun decreto.

Lo mismo que á vos, quiero pegar á mi madre.

ESTREPS. ¡Impío! Ese crimen es mayor que el primero.

FIDÍP. Lo que acabo de decir, sabré apoyarlo en buenos argumentos que me ha enseñado Sócrates. Sí, conviene que todo hijo zurre de vez en cuando á su madre. ¿Qué diréis si os lo pruebo?

ESTREPS. Lo que digo (pues ya es tiempo que mi cólera estalle) es que es preciso ahogar á tu Sócrates y su horrible código en que se establecen tan peligrosos dogmas. Á vosotras ¡oh nubes! soy deudor de estas desgracias, pues que en vuestras manos puse todos mis negocios.

CORO. Tú mismo, ¡oh anciano! aplicándote al mal, eras causa del infortunio que te aqueja.

ESTREPS. ¿Por qué no me lo dijisteis en-

tónces? Abusásteis de un infeliz viejo, sin educacion.

CORO. Nosotras no protegemos el vicio, sino que perdemos de ese modo á todos los enemigos de las leyes, para que se tema la justicia de los dioses.

ESTREPS. Semejante castigo, ¡ay de mí! es justo aunque severo, ¡oh nubes! pues que yo no obraba bien negándome á pagar el dinero tomado á préstamo. Ven ahora conmigo, amado hijo, y ayúdame á castigar á Sócrates y á Querofonte.

FIDÍP. ¡Yo, padre mio, inferir ningun daño á mis maestros!

ESTREPS. ¡Vamos, creeme; es preciso que vuelvas á respetar al poderoso Júpiter, dios de nuestros abuelos.

FIDÍP. Júpiter, dios de nuestros abuelos... ¡Qué necio sois! ¿Existe acaso ese Júpiter?

ESTREPS. Existe, sí.

FIDÍP. No, quien reina es el Torbellino, que destronó á Júpiter.

ESTREPSÍADES. No le destronó. En razon de aquel torbellino tambien lo creía yo (1). ¡Desgraciado de mí, qué tambien á ti, que no eres mas que una vasija de tierra cocida, consideraba yo como un dios.

FIDÍP. Os dejo aquí con vuestras choche-

ces. Estrepsiades, descontento de la educacion de su hijo, prende fuego á la casa de Sócrates, y entre humo y ruinas concluye la comedia.

Aunque *Las Nubes* son un drama del todo artístico, ha podido comprenderse por las alusiones, cuánta parte tenia la política en las obras de Aristófanes; tanto que el rey de Persia, dando una vez audiencia á embajadores griegos, preguntó ántes de nada por Aristófanes, que decia traía alborotada toda la Grecia, y daba consejos tan útiles que si los Griegos los hubiesen seguido, prosperara la causa pública.

Así como Sócrates era el hombre mas célebre de cuantos aspiraban á substituir nuevas ideas á la antigua religion, una nueva moral á las antiguas costumbres, Cleon era el político mas intrigante de su tiempo, el que mejor habia sabido agitar al pueblo, y elevarse desde la nada á los primeros cargos. Contra este zurrador se ensaña Aristófanes mas de lo que tiene de costumbre. En los *Caballeros* le introduce, con el nombre de Paflagon ó de zurrador, y el mismo pueblo, bajo el aspecto del viejo Démos, es sacado á la escena para hacer comprender los males de la demagogia, y persuadir al pueblo de que sus favoritos, al aparentar que les guia el amor patrio, no consultan mas que su propia ventaja; al paso que la clase média constituye la fuerza de la nacion. Nicias y Demóstenes, capitanes atenienses del valor que nadie ignora,

(1) Juego de palabras; pues el nombre *δῆμος* significa torbellino y tambien vaso redondo y grande. Quizá en la escena era un vaso de esta naturaleza, hecho con tierra cocida.

entran pobres y vestidos de esclavos, lamentándose de su dura suerte y meditando huir. Sin embargo, no pareciéndoles bastante seguro el partido, intentan otros medios, y cuentan primeramente á los espectadores los defectos de Démos (el pueblo), su amo, irritable, comedor de habas (1), viejo extravagante, sordastro, el cual ha tomado á su servicio á un Paflagon, zurrador, muy astuto, delator pertinaz, que conociendo el flaco del animal, empieza á adularlo y á condescender con él, diciéndole: « ¡Oh Démos, mi querido amo! has estado todo el dia desempeñando las funciones de juez y debes sentirte fatigado. Empieza por bañarte, bebe luego este vaso de vino, come este poco de pan. Aquí tienes tus tres óbolos. ¿Quieres que te prepare la mesa para que cenes? » De este modo desbanca á los demas esclavos; aleja de su amo, durante la cena, á los retóricos; le canta oráculos y sibilas, y cuando le ve completamente loco, inventa algun engaño, calumnia á todos los de la casa, y corriendo por todas partes, busca esclavos, amedrenta, promete, grita, y ¡ay del que no le complace! Todo lo espia, todo lo sabe, tiene uno de sus miembros en cada punto.

Demóstenes manda á Nicias que le traiga vino, como el mejor de los consejeros, y Nicias, al entrar quita á Cleon, á quien halla dormido, un librito de memorias en que están anotados los oráculos, y donde se dice que Cleon morirá y le sucederá un salchichero. Cabalmente entónces se presenta Agoracrito, salchichero, el cual, oyendo el oráculo, se lisonjea de obtener el mando que se daba á la sazón á gente de su calibre, y que Cleon, zurrador, habia quitado á Eucrátés, vendedor de estopa, á Lisiéles, vendedor de ovejas, á Hiperbolo, alfarero, y á otros aun peores. El coro de los caballeros le anima contra las amenazas de Cleon, que acude tratando de asustar á los esclavos conjurados en su daño; pero el Senado le abandona y el salchichero le condena á la pena de azotes. Entónces se encuentran frente á frente Cleon y el salchichero; gritan á cual mas, se insultan hasta llegar á las manos, y el coro, execrando la tenacidad y las contorsiones de Cleon, exhorta al salchichero á que le haga comparecer ante el pueblo. « ¡Oh, dissipador odioso! ¡Oh declamador importuno! ¡Con ese descaro que te es natural, has atronado las asambleas, las masas, los puertos y los tribunales! ¿Cuándo cesarás de contaminar esta ciudad con tu presencia y de socavar sus cimientos? »

Estimulado por los caballeros, el salchichero osa oponerse á Cleon, contra cuyas invectivas nadie resistia, y la comedia puede decirse que consiste toda en réplicas, injurias y acusaciones. Ridículas son las artes que emplea el sal-

(1) Con las habas se daban los votos en los juicios: así, al emplear esta expresion, Aristófanes trata de zaberir la asiduidad del pueblo á los litigios, ó quizá su corruptibilidad. En este sentido entienden algunos aquel *Abstente de las habas* *Κυζῆτων ἀπέχου* de Pitágoras.

chichero á fin de atraerse el favor del pueblo. Se presenta con gran prosopopeya á anunciar que ciertos pececillos se venderán mas baratos, y Cleon ofrece una hecatombe á Minerva: aquel propone un cojín para que el pueblo descanse en las reuniones públicas; este, cuero para que haga zapatos. Cleon, vencido en todos los terrenos, y condenado á deponer la magistratura y el anillo, acude á los oráculos; pero Agoracrito le opone otros. Últimamente, Cleon trata de ganar á Démos, esto es, al pueblo; y Agoracrito se dirige tambien á él, y con mejor éxito. Rejuvenece á Démos, al cual echa en cara las obscenidades y la ceguedad antigua, cuando se dejaba moyer por el prestigio de los retóricos y los argumentos de los sofistas. Para que esto no le vuelva á acontecer, presenta dos metrices, que habian estado ocultas en casa de Cleon y que figuran los pactos de los Atenienses con los Espartanos; recibidas las cuales, el pueblo confia la administracion á Agoracrito, y envia á Cleon á hacer salchichas con carne de asnos y de cerdos, á embriagarse con prostitutas y á beber residuos de baños.

Son continuos los elogios de la clase média. « Queremos decir de los caballeros todo el bien que sepamos; y lo merecen, pues que muchos han sufrido con nosotros batallas, correrías, irrupciones. Valientes en tierra, pero aun mas en las naves, aterran á los Corintios, que solo consiguen salvarse dirigiendo votos á Neptuno, el cual les da los campos. » Por el contrario, dice al vulgo: « ¡Oh pueblo, que posees el mando, todos los hombres te temen como soberano de esta ciudad; mas tú eres fácil de engañar y de coger en el lazo! Permaneces con la boca abierta cuando uno habla; pero la mente está distante del cuerpo. » Sin embargo, al aparecer rejuvenecido en el Pnix, teatro de su grandeza, el teatro resuena con alegres himnos.

Igual sentimiento patrio dictó los *Acarmanios*, cuyo asunto, no obstante, es de circunstancias, y tiene por objeto hacer adoptar la paz que Nicias proponia con Esparta. En esta comedia la sátira se dirige contra los pisaverdes de familias nobles, que deseaban sobre todo la guerra, para ostentar armas, penachos y escudos, sin acordarse del daño que ocasionan á los trabajadores.

Diceópolis (como si dejéramos la parte justa de los ciudadanos) exclama al principio: « ¡Cuántas cosas me disgustan y qué pocas son las que me alegran! ¡Cuán pocas! Apénas cuatro, mientras que son innumerables las que contristan mi corazon. Veamos las razones que tengo para consolarme. Una cuando veo á Cleon obligado á vomitar los cinco talentos que se habia tragado (1). ¡Oh, qué gozo experimento entónces y qué elogios prodigo á los caballeros! Pero me entristece el ver las ineptias que ocupan hoy

(1) Los de la isla habian dado á Cleon cinco talentos, para que persuadiera á los Atenienses que disminuyeran los tributos, que tenian estos que pagar. Los caballeros, en cuanto llegaron á saberlo, le obligaron á restituirlos.

la escena trágica, pues cuando el otro día aguardaba que se anunciase una pieza de Esquilo (1), oí anunciar un coro de Teognis. Calcúlese cuál quedaría mi ánimo, y mas viendo entrar despues de Mosco á Desiteo, y entonarnos un cántico beocio (2).... No han llegado aun los pritanos (3), y á lo que lleguen despues mas tarde, se han de apresurar, como es muy de creer, corriendo todos á porfia para tomar el primer asiento, y en medio de su precipitacion se darán empujones unos á otros; pero ninguno se acuerda de la paz.... ¡Oh ciudad! se me debe la justicia de que soy uno de los mas diligentes en acudir al foro; pero, al encontrarme solo, me siento, suspiro, dudo, escribo, pienso, titubeo, consumiéndome por amor á la paz, miro hácia el campo y aborrezco la ciudad, echando ménos mi quinta. Allí nadie me dice: « Vé á comprar carbon, vinagre, aceite; hasta la palabra *comprar* es allí desconocida. He venido á la asamblea resuelto á gritar, á meter ruido, á insultar á todo orador que se atreva á proferir una sola palabra cuyo objeto no sea la paz. »

Reunido el consejo, Anfiteo, que proponia la paz con los Espartanos, es expulsado, á pesar de la cólera de Diceópolis. Se presentan luego los embajadores que vuelven de Persia, refiriendo bagatelas y maravillas, con dolor de Diceópolis que ve así disipado el público dinero.

UN EMBAJADOR. Volvemos de desempeñar la comision que nos disteis para el gran rey, señalándonos de estipendio dos dracmas diarias.

DICEÓPOLIS. ¡Qué dos dracmas tan bien empleadas!

EL EMBAJADOR. « Sabed, señores, que hemos sufrido mucho, vagando por los campos que riega el Cantro, donde teniamos que levantar nuestras tiendas cada vez que haciamos alto, y éramos arrastrados lentamente en carros. Venimos muertos de fatiga. »

DICEÓPOLIS. ¡Ah! ¡Cuán feliz me creeria si me encontrase en este momento tendido sobre la yerba, á la sombra de mis verjeles, sin que viese al despartar murallas ni fortalezas!

EL EMBAJADOR. En las casas donde se nos hospedaba, habia grandes ánforas de cristal llenas de vino, que nos servian en copas de oro; vino delicioso, del cual nos obligaban á beber una cantidad excesiva.

DICEÓPOLIS. Paisanos de Cranaos (4), ¿en

(1) El pregonero. Los Atenieses, para honrar la memoria de Esquilo, habian decretado que podrían recitarse sus dramas aun despues de su muerte, lo que no acostumbraba hacerse por los otros poetas, aprobándose por medio de un certamen los dramas que se permitirian recitar.

(2) Especie de melodía compuesta por Terpándros. Mosco fué un tañedor de arpa de poco mérito. Otros toman este nombre por un nombre apelativo, en el sentido del tercero (μῦθος) que se daba en premio al laureado en aquellos debates músicos, y traducen: *para conseguir el premio salió*, etc.

(3) Miembros del Pritáneo, que eran los presidentes de la asamblea del pueblo.

(4) Atenieses.

qué pensáis? ¿Sois tan necios que no conocéis hasta qué punto se burlan de vosotros estos embajadores?

EL EMBAJADOR. Los bribones de los Persas, como todas las naciones bárbaras, no hacen caso sino de los que son voraces y grandes bebedores. Para que nos tratasen con consideracion fué preciso pasar por eso.

DICEÓPOLIS. Cada país tiene sus usos. Nosotros preferimos á los afeminados y á los disolutos mas infames.

EL EMBAJADOR. Al cuarto año llegamos por fin al palacio del rey; pero este habia ido con toda su servidumbre, que forma un numeroso ejército, á tomar las aguas laxantes en las montañas de las minas de oro.

DICEÓPOLIS. ¿Y cuándo acabó de purgarse?

EL EMBAJADOR. En la luna llena. En seguida volvió á su palacio, donde recibió nuestra embajada, y á cada uno nos sirvió un buey entero cocido al horno.

DICEÓPOLIS. ¡Dioses! ¡Y qué horno! ¡Jactancia sin igual!

EL EMBAJADOR. ¡Por Júpiter! no faltamos á la verdad. El rey nos hizo tambien servir un ave tres veces mayor que la de Cleónimo, llamada *phenax* (1).

DICEÓPOLIS. ¡Y por semejantes imposturas hemos estado gastando dos dracmas diarias en embajadores!

Con estos ultimos habia venido Pseudartabano, sátropa, el cual expone en persa las comisiones del gran rey, y el heraldo las traduce falsamente, dando á entender que prometia oro. Lo mismo ejecuta con el enviado de los Tracios, fingiendo que estos prometian socorros. Descubierta el fraude, Diceópolis toma su partido y dice á Anfiteo: « Aquí tienes estas ocho dracmas: vé y contrae alianza con los Lacedemonios para mí solo, mis hijos y esposa. En cuanto á vosotros, envid cuantos embajadores queráis, sed estúpidos, y estáos con la boca abierta. » Anfiteo cumple su encargo; pero los Acarnanios ponen el grito en el cielo, echándole en cara haberse aliado con los crueles enemigos que habian destruido sus viñedos.

Por lo tanto, cuando Diceópolis va á Coa, su quinta, para celebrar las fiestas de Baco, los Acarnanios le atacan: á su vez él los amenaza, y por último, aquellos, dejando las piedras, le oyen: Diceópolis pide prestado á Eurípides uno de los vestidos de mendigo con que representaba á los personajes de sus dramas.

DICEÓPOLIS. Muchacho, muchacho, ¿está Eurípides en casa?

ESCLAVO. Está y no está. No sé si me entendéis.

DICEÓPOLIS. ¿Cómo puede estar y no estar en casa?

ESCLAVO. Perfectamente: no está, porque su entendimiento anda por esos mundos en busca de versos; y está, toda vez que en el

(1) Significa tambien burlon y zumbon.

momento en que os hablo se encuentra tendido boca arriba, ocupado en hacer una tragedia (1).

DICEÓPOLIS. ¡Oh tres veces feliz Eurípides, pues que tienes un criado que se expresa en términos tan escogidos y tan claros!

Despues de zaherir de paso el ingenio sofisticado, y de satirizar á Eurípides, contra quien no faltan nunca chistes á Aristófanes, este hace que Diceópolis disculpe á los Lacedemonios ante los Acarnanios, especialmente mostrando que los Atenieses habian cometido tambien muchas culpas, y censurando el rapto de las dos compañeras de Aspasia. « Tal ha sido el origen de la guerra, y toda la Grecia ha empuñado las armas por tres cortesanas. Pericles el Olímpico, lanzando truenos y rayos, llenaba de confusion toda la Grecia: expedía decretos, dictados al parecer en medio de la embriaguez de un festin, por los cuales se prohibia á los Megarenses permanecer en ninguna parte del territorio del Ática, ni en los mercados públicos, ni en tierra, ni en mar, ni en las islas, ni en el continente. Los Megarenses, impulsados por el hambre, suplicaron á los Lacedemonios que intervinieran á fin de que se revocara tan rigurosa disposicion, á la cual habian dado lugar tres mujeres de mala vida, y por mas que nos conjuráran, nosotros rehusamos. Entonces empezó á oírse un retintin de escudos. Alguno dirá: No convenia hacer esto. ¿Qué convenia, pues, hacer? hablád. Si algun Lacedemonio, montado en una nave, hubiera ido á vender un perrillo quitado fraudulentamente á los Serifios (2), ¿hubiérais permanecido sentados en vuestras casas? No, sino que apresuradamente equiparíais treinta naves; la ciudad se llenaria de soldados; todos los barrios resonarian con quejas contra el comisario ordenador de las galeras. Se verian en cada ángulo de la calle reclutadores; por todas partes se enarbolaria el Paladion dorado. El pórtico podria apenas contener las provisiones de viveres, las amarras de los buques, las correas, los toneles, sus compradores, sus vendedores, las aceitunas, las cebollas, los ajos, y ademas una extraña confusion de redes de pesca, de guirnaldas, de flautas sardias, de corbachos. El puerto rebozaria en remeros; no se oirian mas que órdenes y silbidos náuticos. Esto haríais vosotros. »

Estas razones no convencen á todos; y algunos llaman para que los guie contra los Lacedemonios á Lamaco. Diceópolis se burla de este, que de la nada se habia elevado con malas artes á los primeros grados de la República, y le dice que declare cuando guste la guerra á los habitantes del Peloponeso; que él, por su parte, va á conceder libre mercado en el Ática á los Megarenses y Tebanos. Así lo ejecuta, y levan á vender á Diceópolis toda clase de bienes

para que celebre dignamente las fiestas Cóicas. Cuando Lamaco envia á comprar, por un excesivo precio, tordos y aves silvestres, Diceópolis se las niega á causa de su carácter guerrero: se presenta tambien un agricultor, al que los enemigos han despojado de sus bueyes, y que desea comprar á toda costa por lo ménos un poco de paz, y todos celebran en coro á Diceópolis, que ha conseguido proporcionarse la paz y unirse á ella con estrecho lazo. Dos correos vienen al mismo tiempo, uno á invitar á Lamaco para que acuda con las armas á rechazar al enemigo, otro á convidar á Diceópolis para que asista á la cena del sacerdote de Baco.

LAMACO. Muchacho, tráeme el saco militar (1).

DICEÓPOLIS. Muchacho, tráeme el cesto del pan (2).

LAMACO. Tráeme las plumas de la cimera.

DICEÓPOLIS. Tráeme esas tórtolas y esos tordos.

LAMACO. ¡Eh! amigo, cesa de burlarte de mi armadura.

DICEÓPOLIS. ¡Eh! amigo, cesa de dirigir tus envidiosos ojos hácia este lado.

LAMACO. Muchacho, muchacho, descuelga pronto mi lanza y tráemela.

DICEÓPOLIS. Muchacho, muchacho, descuelga esa lengua y tráemela.

LAMACO. Con esta coraza puedo desafiar á todos los enemigos del Ática.

DICEÓPOLIS. Con esta copa desafío á los bebedores de mas fama.

En breve el mensajero, volviendo á presentarse, anuncia que Lamaco ha sido herido, y llama á los esclavos para que le medicinen; Lamaco mismo no tarda en salir á escena, y entonces Diceópolis se burla de él y el coro aplaude. Diceópolis, en premio de haber bebido abundantemente en la fiesta de Baco, recibe un orden que le dan los Acarnanios.

En la parábasis el coro habla así á los espectadores: « Nuestro poeta dice que ha merecido vuestra estimacion y las mayores recompensas, advirtiéndoo que desconfiéis de las promesas de los extranjeros. Antes los enviados de las otras ciudades os divertian valiéndose de vanos cumplimientos, y calificándoo en sus arengas de *Atenienses coronados de violetas*; y vosotros, á causa de esas coronas de violetas, apenas cabíais en vuestros asientos. Si él hubiese llamado fecunda á Aténas, esta sola palabra le valiera un grande honor. Pero él en todos tiempos se ha mostrado amigo de vuestros intereses; os ha sido siempre útil por los consejos verdaderamente libres que os ha dado sobre el mantenimiento de la administracion republicana. Así los diputados de las ciudades tributarias se muestran curiosos de ver al poeta insigne, que se atreve á decir, con peli-

(1) Τοῦ γγ mosto.

(2) Isteños, aliados de los Atenieses, y puestos bajo su protección.

(1) Para ir al ejército.

(2) Para hacer el *porta-tecum*, en la comita, á que estás convidado.